

Como antropófagos pueden ser equiparados á los nyam-nyam. Según la descripción que hace Junker de la tribu mombuttú de los mambangas, no entierran éstos ningún cadáver, sino que lo venden á los que habitan lejos del lugar, pues estas gentes repugnan el comerse á los próximos parientes. Además, son devoradas todas las víctimas que el oráculo, al ser consultado sobre un asesinato, designa como asesinos. La carne humana se come con el aditamento del llamado manjar de Lugma (plato hecho con harina) y en alegre banquete.

Poco sabemos acerca de la religión de los mombuttú: en armonía con la antes citada afinidad de lenguaje, Schweinfurth encontró la palabra *Noro* para designar á Dios y también al cielo, *Nor* es la expresión que para la idea de Dios tienen los nubios. La circuncisión se practica al entrar el individuo en la pubertad y tiene tanta mayor importancia cuanto que es la única deformación que allí se lleva á cabo.

La superioridad general que sobre otras tribus negras tienen los mombuttús es mayor que la de los nyam-nyam, especialmente en lo que se refiere á su superioridad artística, á la posición que entre ellos ocupa la mujer y á la más sólida noción que del Estado tienen. De sus progresos en materia de objetos artísticos de madera, trenzados, arcilla y hierro hemos visto ya varias pruebas. Por lo que hace á la vida de familia podemos recordar un hecho que refiere Emín Bei en su viaje al Mudirieh Rohl (1882): la esposa de un noble mombuttú llamado Gambari, que había sido reducido á la esclavitud por los danaglas, hizo el largo camino desde el país mombuttú hasta Lado para pedir la libertad de su marido; cuando, durante el viaje, se enteró de que ya estaba libre y formaba parte del séquito de Emín Bei, dirigióse apresuradamente por el país nyam-nyam á Bufi para dar las gracias al gobernador general. Tal proceder inspirado por el propio impulso, que causó la admiración de todos, era consecuencia de la elevada condición que tiene la mujer entre los mombuttús.

Desde el punto de vista político, recordaremos otro rasgo citado por el propio viajero: «Esencialmente diferentes de los demás negros, mantiéncense los mombuttús estrechamente unidos y parecen profesar verdadero amor á su patria.»

Por efecto de la aniquiladora influencia árabe este país se ha fraccionado tanto como el de los nyam-nyam: no sólo sucumbió el antiguo reino mítico de este pueblo antes de que llegaran allí los extranjeros del Norte y del Este, sino que también ha desaparecido aquel estado de cosas que tan bellos cuadros inspiró á Schweinfurth. El lujo y la grandeza de Munsá han perecido del mismo modo que los de sus regios compañeros que se distribuían la soberanía del territorio.

Cuando Junker visitó, á fines de 1880, el sitio donde en otro tiempo se levantaba el palacio real «un mar de verdura cubría la falda de aquella colina de suave pendiente.»

El propio Munsá sucumbió víctima de la bala de un vencedor. Desde Nablingali, abuelo de Munsá citado por Junker, hasta la actualidad, nos encontramos con un proceso de continua decadencia; en tiempo de aquel soberano, el país era todavía, al parecer, un solo territorio y probablemente siguió siéndolo durante el reinado de su hijo Tukuba, pero luego vino la división entre los hijos de éste, Sadi, Munsá, Ssanga, Numa y Mbilia, y entonces aquel país floreciente y en extremo poblado se convirtió en sangriento campo de la trata de esclavos. ¡Triste y uniforme historia de los negros!

## CAPÍTULO XI

## LOS PUEBLOS DE LOS TERRITORIOS MÁS INTERIORES DEL ÁFRICA CENTRAL

Permanecen inmóviles; el progreso es cosa para ellos desconocida.

LIVINGSTONE, hablando de los manyemas

Indole de nuestros conocimientos. — Identidad esencial de estos pueblos con los demás negros. — Movimiento de pueblos en la cuenca del Congo. — Los tschakas ó djaggas. — Tatuaje. — Peinados. — Estilo arquitectónico de los manyemas. — Población densa. — Antropofagia. — Fraccionamiento político. — Cazas de esclavos. — Actividad económica. Mercados. Habilidad artística. Hierro. Canoas. Agricultura.

El espacio comprendido entre el reino Lunda al Sud y los países del Sudán al Norte y entre la última estación árabe de Nyangwe al Este y las extremas avanzadas de los comerciantes de las costas atlánticas al Oeste, está ocupado en nuestros mapas, en su mayor parte, por la muchas veces citada mancha blanca del ignorado interior del Africa. Lo que de este país conocemos son algunos territorios situados al borde del mismo, que nos han sido mostrados por un solo viajero, y luego el valle del Congo central que atravesó en toda su extensión Stanley en su famoso viaje de exploración, mientras que Pogge y Wissmann cruzaron más tarde la mitad meridional. Comparando unos con otros estos conocimientos, á la verdad muy incompletos, podremos formarnos ciertas ideas que no dejarán de tener su valor para la noción general de la etnografía del Africa. Son hechos seguros: primero, el resultado negativo de que los pueblos de esta región no se diferencian esencialmente, ni desde el punto antropológico ni desde el etnográfico, de los demás pueblos negros; segundo, la presencia entre los negros propiamente dichos de una pequeña raza bosquimana; y tercero, el predominio de la agricultura. Los idiomas que allí se hablan son, según todas las apariencias, dialectos de la lengua bantú, no sabiéndose de una manera positiva si las dispersas comunidades de la citada pequeña raza hablan un idioma esencialmente distinto. Entre las costumbres de estos pueblos encontramos muy extendida la antropofagia. En punto á trabajos en hierro y á la navegación, parecen pertenecer á los pueblos más hábiles. En la construcción de chozas el estilo cuadrangular sustituye al cuneiforme. Por último á este territorio pertenecen algunas de las partes más pobladas del Africa interior.

Prescindiendo de los enanos, de quienes ya nos hemos ocupado anteriormente, hemos de hacer constar la existencia en estos territorios de la misma mezcla de pueblos de color claro y de color oscuro que puede considerarse como regla general en las regiones orientales del Africa. De aquí los juicios tan opuestos que acerca de las razas de este territorio se han emitido. Hablando Stanley de un pueblo del Congo central al que denomina amu-nyam, dice que sus individuos son los seres más deformes y repugnantes de cuantos ha visto. Análoga es su opinión acerca de los habitantes de Uhombó, mientras que Livingstone encuentra entre los manyemas más digna de alabanza su estructura corporal que sus dotes espirituales. Muy cerca de los primeros viven los wakumus, designados como «caníbales de color claro,» llegados á ese país procedentes del Nordeste y de los cuales hay que hacer notar, en punto á las diferencias de pueblos que en esta comarca aparecen, que pasaron el Congo después de haber conquistado el país de Uregga.

El hecho de esa aglomeración de pueblos, tan distintos

exteriormente entre sí, es en el Africa habitada por los negros, en cuyo centro nos encontramos, un fenómeno tan común que no merecería llamar la atención, si algunas relaciones históricas de grandes movimientos de pueblos no señalaran precisamente esta comarca como teatro de los mismos y no prometiesen por ende una clave para esta amalgama, clave con la cual hemos de contentarnos, aunque no como un hecho que excluya toda otra investigación. Cuando en 1490 llegó á la presencia de Mani Congo, rey del país del bajo Congo residente en Ambasse, la segunda embajada portuguesa, recibióse la espantosa noticia de la aproximación de un gran pueblo llamado de los mundequetes que vivía en los lagos en donde nacía el Congo y que se había allí sublevado contra la soberanía de ese monarca. Al tener noticia de esto, Mani-Congo y muchos millares de sus súbditos se hicieron bautizar y marchando como cristianos contra los sublevados, los derrotaron, después de lo cual los portugueses pudieron, acompañados de algunos indígenas, dirigirse al interior, en donde al parecer descubrieron los lagos de la región del alto Congo. Estos pueblos enemigos de los del Congo llevan además del mundequetes, el nombre de djaggas, dschaggas, ó schaggas; esta palabra es la que usan los cafres del Sudeste para designar á los soldados ó tropas jóvenes. Según las descripciones que de aquel tiempo poseemos, son antropófagos, sacrifican á los niños, embalsaman sus muertos, entierran en vida á las mujeres con sus maridos difuntos y se afilan los dientes. De la misma manera que los zulús de nuestros tiempos, hacían ingresar en sus filas á los jóvenes de los pueblos vencidos y de esta suerte veían aumentar continuamente sus fuerzas. Más tarde, según parece, dejaron de aparecer en el Congo, pero en cambio empujaron desde el interior á otros pueblos, en muchos rasgos á ellos parecidos, que á nuestro modo de ver, habitan hoy las costas occidentales.

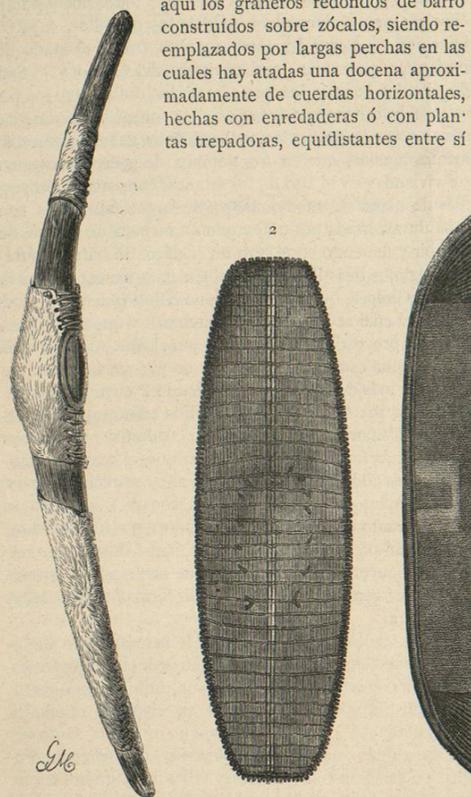
En punto á las manifestaciones exteriores de algunos de estos pueblos, merece notarse especialmente una gran perfección del tatuaje, parecido al de los tuschilanges y al de los habitantes de Rubunga en el Congo central, como no se encuentra en ningún otro pueblo negro. Quizás los que más se le parecen son los schulís del territorio del Nilo. También observamos en ellos las mutilaciones usuales de los dientes, pero lo que interesa mucho más que esta costumbre, propia de todas las regiones de Africa, es el hecho de existir allí, según oyó decir Stanley en el territorio del Congo, un «pueblo con los dientes afilados en punta,» llamado de los wasongosamemos. Entre los pueblos que Nachtigal oyó citar como pueblos fronterizos poco conocidos, hay los mannas que también se afilan los dientes. Sin embargo, la mayoría de los que habitan este territorio se contentan con arrancarse los dos incisivos centrales de la mandíbula inferior y algunos también los de la superior. Los peinados en nada ceden á los de los demás negros. Entre los manyemas, wareggas y otras tribus encontramos gorros de pieles, especialmente de lemur y de mono. La costumbre de pintarse el cuerpo sólo se practica como signo de hombre de guerra.

El armamento de los pueblos que nos ocupan se caracteriza por la variedad de cuchillos, destales de combate y mazas arrojadas: el cuchillo arrojado (el *trombadsch* de los sandehs) parece estar extendido sólo al Norte del Congo; esto no obstante, nos habla Max Buchner de un cuchillo de los lundas cuya forma tiene cierta semejanza, aun-

que remota, con aquél, pues su mango y su hoja constituyen un ángulo recto. Nachtigal pudo casualmente conocer las armas de los pueblos paganos baghirnios meridionales cuando llegó al campamento del fugitivo rey baghirnio Abu Sekkim, en donde se hallaba reunido un ejército de 15,000 hombres compuesto en su mayor parte de pueblos paganos auxiliares. Allí encontró como arma casi indispensable el hierro arrojado, del cual algunos llevaban varios ejemplares (hasta cinco). No eran tan numerosas las clases de lanzas y de venablos, por más que todos los llevaran consigo: menos abundaban todavía los cuchillos, cuya fabricación no alcanzaba entre aquellas tribus el grado de perfección que tenían en el territorio del Congo y al Sud de éste: los búas y los saras eran los únicos que los poseían, fabricados realmente por ellos mismos. Una de las armas más extrañas era la que llevaban los gaberis y especialmente aquellos que en los tiempos de guerra construían sus viviendas en lo alto de los árboles: consistía en proyectiles de mano de medio metro de largo, fabricados con caña dura cortada por un extremo á manera de pluma de escribir y teniendo en el otro un pedazo de barro fusiforme. Algunos búas llevaban también un arma especial para parar los golpes, que consistía en un cilindro de marfil hueco, por el cual se introducía al antebrazo y que servía para parar los proyectiles de mano y las puñaladas. Algunos búas llevaban una especie de chaquetas de piel sin mangas, que les servía más de coraza que de vestido y cuyo pelaje aparecía en la parte exterior. Los escudos eran muy imperfectos y consistían en pieles de búfalo cuadradas y lisas, con el pelo hacia fuera. De las demás tribus, la mayoría llevaba unos escudos de dos metros de alto, estrechos, ovalados, de superficie convexa, hechos con piel de búfalo ó de entrelazado de cesta: estos escudos, por lo estrechos, más servían para parar golpes que para cubrir el cuerpo. Los manyemas conocen el uso de las telas de corteza: el traje casi general de estas tribus lo forman pieles atadas á la cintura.

La construcción de chozas y el emplazamiento de las aldeas tienen entre esos pueblos un carácter propio. En Manyema comienza á encontrarse un estilo de arquitectura muy distinto del que se emplea en el Africa oriental y que recuerda las cabañas cuadrangulares de la costa occidental y de los mombuttús. Ese estilo, con el cual coinciden poblaciones muy densas y villas muy grandes, empieza á verse en las primeras aldeas de los manyemas. Stanley, hablando de Riba-Riba, aldea fronteriza oriental de los manyemas, dice: «En vez de la arquitectura cuneiforme de las cabañas, aparece aquí la choza cuadrangular con un techo no tan perpendicular sino más oblicuo, construido con latas y entrelazado y á veces, especialmente entre los manyemas, cubierto por una ligera capa de limo.» La diferencia entre estas cabañas, que recuerdan más nuestras casas, y las de los demás pueblos este-africanos aparece muy marcada por la forma extremadamente cónica que presentan las chozas de Uhombó en las fronteras de Manyema. Con la nueva arquitectura coincide un nuevo sistema de emplazar las aldeas: en efecto, en vez de la agrupación circular alrededor de un punto central, encontramos una ó más calles regulares de 30 á 45 metros de largo, á cuyos lados se levantan, en línea bastante recta, chozas bajas y cuadrangulares. A un extremo de esta calle ó á ambos lados de la misma, levántase el edificio destinado á los consejos ó á los coloquios sociales, desde el cual puede vigilarse la calle de la aldea. Las paredes de las casas son de barro y resistentes. La fachada posterior mira á la parte de la lluvia y está protegi-

da por el techo que descende hasta el suelo. En el centro de la aldea hay una plataforma llena de barro bien apisonado y en él va clavado un árbol grueso en el cual se ven varios agujeros en forma de gamellas para que varias mujeres á un tiempo puedan moler grano. Estos morteros se encuentran también en el Congo central, en donde hay uno ó dos delante de cada «doble cabaña,» construcción que sustituye allí á las simples cabañas cuadrangulares de los manyemas. También desaparecen aquí los graneros redondos de barro



Escudos: 1 de los mondus. - 2 de los nyam-nyam. - 3 de los makarakas. (Museo Etnográfico, Viena) -  $\frac{1}{10}$  de su verdadero tamaño

y ligadas de arriba abajo. De estos cordones se cuelga el maíz con la punta de la mazorca hacia abajo. Allí donde se cultiva aquella especie de maíz, cuyas mazorcas terminan en forma de anzuelo, que Livingstone encontró en Manyema, se cuelga simplemente por estos garfios naturales.

Un gran número de estas comarcas, las más centrales de Africa, son al propio tiempo las más pobladas. En Manyema «hormigean las aldeas,» según expresión de Livingstone; Pogge y Wissmann encontraron en el territorio sankuru las comarcas más pobladas de cuantas habían visto en Africa y Stanley habla de una gran ciudad emplazada en el Congo central, en el país ó distrito de Vinya Ndschara, tan celebrado por él. Esta ciudad, como las que se encuentran yendo río arriba, se componía de una serie de aldeas que en línea uniforme se extienden por un terreno elevado. En otra ocasión, de una sola mirada divisó 14 aldeas distintas. La orilla derecha del Congo central ofrece, por el

contrario, en muchos puntos el aspecto de deshabitada, escasez de población debida al continuo estado de guerra, pues los sitios roturados y poblados están separados por un verdadero cinturón de bosques vírgenes de muchas millas de extensión.

El aumento de población debe haber sido notable cuando ha alcanzado tal densidad á pesar del gran número de víctimas que causan la guerra permanente, las crueles costumbres de los magnates y la antropofagia. Muchas partes del Africa central viven en tal estado de rudeza que las vidas humanas son poco apreciadas. «En realidad se ignora - dice Livingstone hablando de los manyemas - si estos salvajes deben inspirar odio ó compasión. Humildes y liberales con los árabes que están perfectamente armados, muéstranse en cambio salvajes y sanguinarios canibales cuando tienen que habérselas con un pequeño grupo de viajeros;

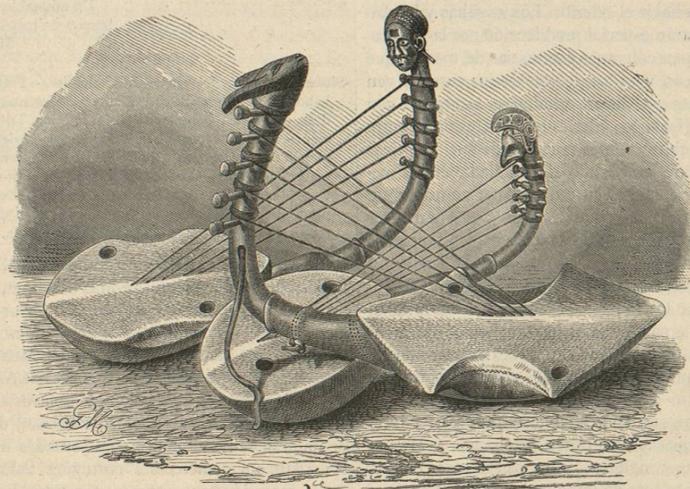
cada hombre muerto proporciona á esos habitantes de las selvas de Manyema carne para un manjar suculento.» Entre las varias causas de este carácter desconfiado y bélico de una gran población, figura en primer término el derecho del más fuerte que preside en todas sus relaciones políticas. Livingstone no podía á menudo conseguir de los habitantes de una aldea que le acompañaran hasta otra aldea vecina, porque la lucha entre una y otra existente les hacía temer ser asesinados y devorados. Otra causa es también la crueldad de los pequeños caudillos. Un súbdito de Moenekus, de Bambarre, asesinó al hijo del caudillo: habiendo muerto después éste sin haber podido encontrar al asesino, el malhechor fué nombrado caudillo y asesinó á once individuos que según él eran cómplices hechiceros de la muerte de su antecesor.

Pero es indudable que lo que más contribuye á este estado de cosas es la caza de esclavos que ha sido allí importada de otros territorios. Dice Livingstone hablando de los manyemas: «Tienen fama de ser grandes compradores de esclavos, pero esto sólo se refiere á las mujeres que luego toman por esposas. Por lo demás prefieren las cabras á los esclavos. En estos países no siempre un esclavo puede ser considerado como un objeto de valor: los africanos del interior no tienen, por regla general, tanto trabajo que empleen para ello á los esclavos.» De modo que aquí, como en el Sudán, los mercaderes extranjeros son los que hacen nacer la necesidad de esclavos y los que organizan las cazas de los mismos. Denham y Nachtigal han descrito estas cazas en el país de los musgos el primero y muy detalladamente en los territorios de Baghirmi el segundo: en este último punto la pieza humana perseguida se había refugiado en la copa de un árbol altísimo. En todo el borde de esta Africa interior, apenas hay un territorio que no se dedique á coger hombres, bien que no en todos se emplee un aparato especial como el que se usa en los países del Sud de Darfur, especialmente en Darfertit, en Manyema y en las comarcas desconocidas que confinan con los Estados

wahumas. Cuando no son los árabes, los sudaneses, los portugueses, etc., son los mismos negros los que aprehenden á sus iguales para procurarse dinero y por esto los balundas especialmente, muy parecidos en esto á los wayaos de la costa oriental, son los más activos agentes de los tratantes de esclavos. ¡Cuán á menudo pueden repetirse los tristes cuadros que describe Stanley hablando del Congo central! «Muchas aldeas aparecen en las cercanías de los principales puntos de desembarque sepultadas bajo las espesas bóvedas formadas por tamarindos, algodoneros, ticlas, leñofierros y palmeras oleíferas, pero sus habitantes han huído. Cada calle de aldea tenía sus dos filas de blanqueados trofeos de hombres devorados, apareciendo también algunas muestras de una terrible especie de ornamentación que semejaba grutas artificiales de rocas. Las canoas habían sido

abandonadas todas en los desembarcaderos, los frutos del plátano pendían de las ramas y los dátiles de color rojo carmesí se mecían en grandes racimos sobre nuestras cabezas.»

Sobre la antropofagia en estos territorios más interiores de Africa circulan en toda la periferia de los mismos los más siniestros rumores. Los lundas especialmente dicen que está habitado por antropófagos todo el país que se extiende al Norte de ellos. Cuando lo que se dice sobre este particular no es producto de la fantasía, como en muchos casos puede acontecer, se referirá simplemente á una de las varias formas de aplicación de las partes del cuerpo humano para hechizos. El cráneo del caudillo blanco Moenekus de Bambarre fué conservado por sus gentes en un puchero de donde se le sacaba siempre que se discutían los asuntos pú-



Arpas de los nyam-nyam (Christy Collection, Londres)

blicos; pero antes había sido devorada la carne de la cabeza y la de todo el cuerpo. De la misma manera se conservaba el cráneo del padre de Moenekus. En Bambarre, Livingstone quedó sorprendido por la falta de sepulcros, lo cual le hizo creer que aquellos habitantes se comían los cadáveres en vez de enterrarlos. Stanley encontró también, como llevamos dicho, en el Congo central huellas casi indiscutibles de antropofagia. Y aquí podemos recordar la división que los primeros exploradores europeos de la cuenca del Congo hicieron de la población de la misma en antropófagos y no antropófagos. Dice Stanley en cierta ocasión: «Aquí tuve una coyuntura favorable para observar cuán tenue y débil es la valla que separa al más rudo salvajismo de una conducta afable. Dos horas más arriba del río habitaban los canibales amu-nyam que alimentaban respecto de nosotros las peores intenciones; pero casi junto á ellos vivía una tribu á la que repugnaba la costumbre antinatural de comer carne humana y con la cual pactamos de muy buena voluntad un tratado de paz y buena inteligencia.» Esto nos trae á la memoria el contraste que existía entre los anziques y los congoanos propiamente dichos y que consignamos en sus descripciones López y otros portugueses del siglo décimosexto.

Estos países, los más interiores del Africa central, situados entre reinos grandes y regulares, existentes todavía, y otros que probablemente han desaparecido, ofrecen, según

todas las apariencias, un fraccionamiento político asombroso. Las cazas de esclavos que se verifican al Sud de Darfur, Baghirmi, etc., sólo son en cierto modo posibles gracias á la impotencia de aquellas tribus negras. Uganda y Nyoro no conocen al Oeste de sus fronteras potencias iguales á las suyas, sino simplemente territorios débiles destinados á ser saqueados. El reino Lunda aparece solo en la cuenca del Congo meridional como país de considerable extensión: Stanley, en toda su excursión por el Congo, ninguna noticia pudo conseguir de un soberano tan temido como el célebre Muata Jamvo, de quien Camerón oyó hablar con elogio en todo su viaje desde Nyangwe hasta las fronteras de las posesiones portuguesas. Hablando de los manyemas, hace notar Livingstone que lo que les falta es principalmente «vida nacional.» Cada caudillo es completamente independiente de los demás. No carecen de actividad ni de habilidad y hasta sostienen un animado tráfico mercantil entre sí, pero sólo en sus mercados neutrales. Si alguno se atreve á penetrar en el territorio de una tribu enemiga, redundando esto en su propia desgracia: «como manyema, sus compatriotas no lo tratarán más amigablemente de lo que es tratado el búfalo que se introduce en ajeno rebaño, siendo casi seguro que le darán muerte.» Cada asesinato exige para su completa expiación una guerra, y la falta de autoridad hace de la ley del talión la ley suprema. Los principales puntos de reunión de los indígenas de am-

bas orillas son únicamente aquellos mercados situados á distancias de 3 ó 4 millas, así en el alto Congo (Lualaba) como en el Congo central: estos mercados son considerados como terreno neutral que ningún caudillo puede pretender y en cuya explotación nadie puede atribuirse privilegio ni tributo alguno. Muchos de ellos consisten en extensas praderas resguardadas por la sombra de corpulentos árboles á las cuales acuden los hombres en las mañanas de los días de mercado. Así por ejemplo, el mercado de la llanura de Mbuga, en la orilla derecha del Lualaba (Manyema), es visitado cada mañana por 50 ó 60 grandes canoas del otro lado del río.

De la misma manera que el comercio, han alcanzado en esos territorios gran desarrollo todas las ramas de la cultura material. En ninguna parte se confirma tan bien como aquí la ley del aumento de la cultura de los negros á medida que se avanza hacia el exterior. Los waguhas y los wabudschwes demuestran especial predilección por la escultura de figuras: esculpen columnas estatuarias de madera que colocan en sus aldeas, y en las puertas de sus casas se ven á menudo esculturas que tienen admirable semejanza con la figura humana. Hasta los árboles que se levantan entre ambos países ofrecen frecuentes muestras de sus tentativas en este arte. La alfarería está muy desarrollada: en los mejores sitios de Manyema, hay en cada cabaña un armatoste fijado en el techo, del cual penden 20 ó 30 cacharros de tierra. Quizás la industria más adelantada es, sin embargo, la herrería por más que en muchos puntos del Congo central el hierro se vea, al parecer, amenazado por el cobre, que se emplea para los objetos de adorno, como brazaletes, aros para las piernas, etc. Finalmente, hemos de mencionar la habilidad de estos pueblos en la construcción de canoas, habilidad que ya ensalzaron los antiguos portugueses. Stanley encontró canoas más grandes que las del lago Uganda en el Congo, en donde se aprestaron para recibirle con intenciones bélicas. Una canoa arrebatada á Mwana Tapa medía 26 metros ingleses. Entre los rubungas encontró Stanley muchas canoas de inmejorable forma y adornadas con buen número de esculturas, empujadas por remos puestos de pie y armados de grandes remos: entre los masais encontró floreciente la pesca con redes y cestas. La agricultura, favorecida según todas las apariencias por el suelo y el clima, no parece ser objeto de extraordinarios cuidados, por lo menos el trabajo que hacen los manyemas con la azada se reduce, según Livingstone, á escarbar ligeramente la tierra y á cortar con un movimiento horizontal de la hoja las raíces de las hierbas y de la cizaña. Puede afirmarse que en toda esta región es casi imposible la carestía debida á la poca fertilidad del suelo. Los frutos que allí se cultivan parecen ser los mismos que los del Africa ecuatorial. La caña de azúcar del Congo central es probablemente la caña de azúcar silvestre indígena. La ganadería, en cambio, está poco desarrollada por razón del clima y quizás también á causa de la mosca zezé. La cría más importante es la de las cabras entre los manyemas, por lo menos se dice de éstos que aman más á los cabritos que á sus hijos. La cabra es la unidad de precio á que se atiende en la compra de la mujer (10 cabras=1 muchacha bonita) de la misma manera que en otras partes sirven á este objeto los bueyes. También se crían allí de una manera notable los perros, como hemos visto entre los habitantes del bajo Zambezé. «Hay — dice Stanley — una tribu llamada baama, cuyo caudillo, Subiri, hace el comercio con perros y conchas de mariscos:» estos baamas encuentran más sabrosa la carne de perro que la de oveja y la de cabra.

Es digno de especial mención el hecho de que todos los

pueblos conocidos de este territorio usan el tabaco, fumándolo en pipas de arcilla. Las pipas para tabaco de cuello hinchado, como las que poseen los habitantes del territorio del alto Nilo, escasean allí tanto como las de cuerno de antílope que tienen los sud-africanos. El vino de palma es de uso general. La sal del Sudán no llega, al parecer, hasta esos países, puesto que óímos hablar, como equivalente de la misma, de la *Pistia stratiotes*, planta que allí abunda mucho y que precisamente para este uso se cultiva en Ukusu (Congo central).

## CAPÍTULO XII

### EL REINO Y EL PUEBLO DEL MUATA JAMVO (1) Y DEL KASEMBE.

Un miserable potentado sin nobleza y sin majestad.  
MAX BUCHNER

Situación y límites del reino. — Los kalundas. — Traje. Adornos. El lukano. Armas. Utensilios. Agricultura. Alimentación. Cabañas y aldeas. — El reino. Cohesión. Política interior. Tributos y administración. — El Muata Jamvo y la Lukokescha. — Origen probable de esta mezcla de ginecocracia y andrococracia. Corte, funcionarios públicos, asamblea popular. — Política mercantil. — Prehistoria del Muata Jamvo. — Muerte y enterramiento del soberano. — Descripción de Mussumba ó capital del reino Lunda. — El reino del Kasembe y su condición de tributario respecto del reino Lunda.

Un reino de superficie tan grande como Alemania y cuya población, según cálculo de Max Buchner, apenas excede de 2 millones de habitantes, ocupa la mayor parte del Africa interior en el borde meridional del aun desconocido territorio del Congo central. Es el reino del Muata Jamvo, cuya existencia conocían ya los portugueses de Angola á fines del siglo décimosexto, pues algunos esclavos conducidos á la costa hablaban de un poderoso soberano, de una capital y de un gran reino situado á 100 jornadas hacia el interior. En 1846, un comerciante portugués llamado Rodríguez Graça recorrió por vez primera el camino hacia Mussumba, capital y residencia del famoso monarca, expedición que los comerciantes egoístas calificaban de extraordinariamente peligrosa. Otro comerciante portugués, López de Carvalho, hizo en 1870 el mismo viaje. En 1875, el doctor Pogge llegó hasta Mussumba y á él debemos la primera descripción detallada de aquella notable corte negra. Max Buchner, que le siguió en 1880, pudo como excelente observador completar de una manera importante las noticias y narraciones de aquél.

Los límites de este reino son, en lo esencial, los siguientes: al Oeste se extiende, junto con algunos Estados vasallos, hasta el Kuango; al Sud puede señalarse como frontera el 12° de latitud Sud; al Este no aparece clara la relación de los dos reinos del Muata Kasembe y del Kasongo, ambos ramas de la familia Muata; preséntase todavía mayor la oscuridad al Norte, en donde en tiempo de Buchner (es decir en 1880: es necesario marcar muy bien las fechas, pues estas fronteras son «fundibles») la frontera llegaba en su mitad oriental hasta los 8° y en la occidental hasta los 5° de latitud Sud, en donde existen, según positivamente lo sabemos por los datos de Wissmann, regiones densamente

(1) La mejor traducción que puede hacerse del título de «Muata Jamvo» es «Maestre Jamvo». Jamvo es nombre de hombre muy usado entre los lundas y la palabra Muata la encontramos también en la expresión Muat'a Nsoff, inspector de palacio. Los europeos son á veces denominados Muatas: entre los príncipes, esta palabra parece indicar una categoría más elevada, así se dice por ejemplo Muata Musemvu, Muata Kumpana.

pobladas que oponen fuerte valla á los deseos de expansión de los príncipes lundas. Los de Mussumba, viendo que no pueden conseguir ventaja alguna sobre estos vecinos, dicen que al otro lado de la frontera septentrional habitan gentes antropófagas.

Entre los numerosos pueblos del reino Lunda está, al parecer, exclusivamente representado el elemento bantú (véanse págs. 71 y 174). Los «enanos» de Stanley y de Wissmann viven más hacia el Norte. Ninguno de los que han visitado Mussumba ha visto en esta capital, en donde se juntan hombres de todas las partes del reino, pueblos de otra raza ó de otra civilización que la conocida como término medio de los negros. Habiendo Buchner preguntado por los enanos, presentáronle un jorobado. De todos estos pueblos, el lunda propiamente dicho, es decir el pueblo de los kalundas ó balundas, es el que está más extendido y el que, por ser el dominante, ejerce mayor influencia sobre los demás. Confina este pueblo al Oeste con los kiokos, al Este con los babisas, al Norte con los antropófagos kauandas y al Sud con los marutses. No se suele dar gran valor á las descripciones generales de este pueblo tan extendido y tan propio, por su condición de soberano, á asimilarse elementos extranjeros, tanto menos cuanto que los viajeros europeos que las escribieron apenas hicieron más que pasar rápidamente por entre las poblaciones. Livingstone hace notar la presencia de elementos de color claro; Pogge encontró al Muata Jamvo de un color moreno claro y á la Lukokescha más clara, «como una mulata.» Según este viajero que, procedente de la costa, se halló entre ellos, los lundas son bellos, de alta estatura, con la nariz ligeramente chata y los labios poco abultados.

Su traje consiste, para los pobres, en un pedazo de piel ó de tejido indígena atado á la cintura; los ricos sólo visten la *fazenda* (tela de algodón) de la costa, que en los hombres forma un abrigo que les llega desde las nalgas hasta la rodilla ó hasta la pantorrilla, al paso que en la mujer es mucho más corto, tanto que en las comarcas visitadas por Livingstone las mujeres parecían á menudo ir en cueros. Las mujeres ricas se cuelgan por detrás, á manera de cola, una tira de fazenda, que es sostenida por una esclava, y llevan, más como adorno que para taparse, un pedacito de piel de leopardo ó de fazenda colocado sobre el pecho. Los cinturones de cuero negro son muy estimados. Los adornos que los kalundas se marcan en el cuerpo son de un carácter especial: las mujeres se liman los dos incisivos centrales superiores dándoles una forma redonda y se arrancan las dos correspondientes de la mandíbula inferior. El tatuaje, más en uso en este pueblo que entre los biokos ó songos, por ejemplo, abarca el pecho, los brazos y el abdomen: en todo el territorio lunda encontramos generalizada la costumbre de pintarse el cuerpo con figuras cuadrangulares de color blanco, ó de marcarse con puntos y cruces blancas. En las grandes solemnidades se untan también los cuerpos con aceite. Estos adornos no los vemos, y si acaso muy raras veces, entre los hombres; pero en cambio los peinados ofrecen en ellos las más extravagantes variedades. Los magnates llevan pelucas de cuentas en forma de colas ó de cuernos que sobresalen por delante y por detrás de la cabeza: estas pelucas tienen un valor especial, como lo demuestra el hecho de que el Muata las ofrezca como regalo á los caudillos. Este soberano lleva en la suya una pluma encarnada de papagayo. Los kalundas de Lulúa, para adornar sus peinados, se ponen en el occipucio un palo de un pie de largo con un plumero y se trenzan su perilla hasta que ésta alcanza un pie de longitud. Las mujeres llevan el cabello corto, pero se lo recortan en el centro de la cabeza en

forma de triángulo que, partiendo de la frente, termina en el vértice del cráneo: sólo en las grandes solemnidades trenzan sus cabellos y los adornan con cuentas. Los esclavos llevan el cabello corto como las mujeres. No es general la costumbre de Kasai de clavarse pedacitos de caña en el tabique nasal y en el lóbulo de la oreja y también se usan en Lunda muy poco los anillos de cobre y de hierro que los habitantes de Kasai se ponen en los brazos y en las piernas. En cambio, desempeña un gran papel, en parte de carácter político, el lukano, brazaletes cubierto con tendones de elefante. Son frecuentes las sargas de cuentas alrededor del cuello, los cuernos y otros talismanes: los hombres especialmente llevan con frecuencia en la cabeza un trozo de madera en forma de media luna y á manera de diadema.

Prescindiendo de algunos fusiles que poseen los magnates, las armas de los kalundas consisten en grandes venablos de hierro, en pequeñas lanzas con mango de madera y punta en forma de garfío, y en flechas con puntas de hierro de diferentes formas ó de madera de cuatro cantos y encorvadas, algunas veces envenenadas. Los kalundas afirman que su veneno es menos activo que el que usan sus antropófagos vecinos del Norte, los kauandas, y que en sus luchas con éstos sufrieron ellos más pérdidas porque se clavaron en los pies las espinas envenenadas que sus enemigos habían colocado en el camino. Del armamento guerrero de los kalundas forma parte aquella arma, medio espada medio cuchillo, de 2 pies de largo y 2 ó 3 pulgadas de ancho, que, metida en una vaina de cuero ó de madera, se lleva colgando de un cordón atado por encima de los hombros. Como arma de lujo úsase en el Lunda occidental y entre los kiokos una pequeña destrial que se lleva en el hombro. Para el uso manual tienen unos cuchillos á modo de puñales de un solo filo, que se colocan entre el cinturón y la piel, con la punta vuelta hacia arriba.

Los habitantes de Lunda no tienen sobra de utensilios, encontrándose en sus cabañas esteras, taburetes para la cabeza, pucheros de barro (de los cuales el mayor es la tinaja y en los cuales fermenta el vino de palma), las calabazas, los aperos de labranza y además, entre los ricos, algunas cestas. En los trabajos de entrelazado son tan poco hábiles que se hacen pagar por sus súbditos septentrionales el tributo en simples esteras. Como herreros están por debajo de los kiokos: de entre éstos escoge el Muata Jamvo sus herreros. Además del hierro, trabajan también los kalundas para sus adornos el cobre y el latón, el metal más precioso de los kalundas que lo reciben de la costa occidental: los herreros saben hacer con latón alambres finos que sirven para cubrir los brazaletes y demás dijes. Asimismo tienen cierta habilidad para hacer mazas de madera y muchas chucherías, como brazaletes, amuletos, etc., de marfil.

Los instrumentos de música son la marimba ó clavicordio de los negros, la cítara de los negros, el tambor y la *ginguva*, instrumentos todos que ya conocemos. La *ginguva* es el instrumento anunciador oficial que se toca, por ejemplo, cuando se ha escapado algún esclavo ó cuando el Muata Jamvo tiene que comunicar á su pueblo deseos especiales. Con los distintos instrumentos se forman orquestas completas, compuestas generalmente de dos marimbas y de una *ginguva* que suelen preceder al soberano y á otros magnates ó dar serenatas á los personajes de elevada condición. Pogge, á quien á menudo obsequiaban con estas serenatas, no encontró «del todo mala» aquella música de melodías que se repetían siempre. La cítara la tocan como instrumento más propio para lucirse. La danza no sólo sirve de objeto de diversión, sino que tiene además entre los lundas una